

Desterritorializar la identidad

William Torres C.*

Para Edgar Garavito,
desterritorializador de identidades.

"Morir con la luz de una sabiduría
anticipatoria en los ojos".

Federico Nietzsche.

Un destello de luz en la oscuridad, un centelleo del pensamiento, un aire fresco en la atmósfera irrespirable es el último grito filosófico de Edgar Garavito: "**Sentir vergüenza de ser humano**" como un diagnóstico de la actualidad.

"Ser humano", tal vez sea éste el fundamento básico del principio de identidad. ¿Desde cuándo se es humano? Esta vergonzosa identidad no existió desde siempre. Los étnos amerindios lo atestiguan: ellos se dicen a sí mismos **gente**. Pero gente es una asombrosa multiplicidad, no es exclusiva de quienes piensan o dicen pensar. Gente se dice de las yerbas, de las plantas, de los árboles, del agua, de la tierra, del bosque, de la selva, de las aves, de los reptiles, de los animales, del fuego, del aire, de las existencias materiales e inmateriales. Gente no es un antropomorfismo ni un animismo. **Gente es la vida**. No sólo la vida en "esta vida", también se dice de la vida en la muerte y en otras dimensiones. El "ser humano", la forma o la figura hombre aparece a fines del siglo XVIII con la "episteme" moderna, en el vacío de representación dejado por las nuevas ciencias empíricas de la vida, el trabajo y el lenguaje. Como lo señaló Foucault, como insistió Edgar Garavito.

¿Qué es "ser humano"? Es una **enfermedad**. Enfermedad identificatoria que sedentariza la existencia, que sedentariza la vida. Desde "lo humano" se identifica

* Antropólogo de la Universidad Nacional. Sede Bogotá y profesor en la Universidad de Nariño.

la vida como vida humana y se la excluye de lo múltiple. No sólo se restringe la vida como vida humana sino que nos restringe la vida como vida humana para imposibilitar el pathos múltiple del devenir. Lamentable y vergonzosa identidad. ¿Cómo pudimos convencernos de semejante falacia hasta llegar a constituir la como una enfermedad de la existencia? Hay algo curioso con las enfermedades, se arraigan tanto en nuestro cuerpo que llegamos a "amarlas". Cuando se llega a este punto ya no sirve de nada un terapeuta, un otro terapeuta. Por más que el terapeuta se esfuerce en su labor, nos abrazamos a ella, nos aferramos más a ese adentro y odiamos al terapeuta. Se requiere voluntad de potencia para devenir-terapeuta de nosotros mismos y curarnos, para devenir en una potente salud que es al mismo tiempo frágil.

Devenir-terapeuta de nosotros mismos es un "**cuidado de sí**". Devenir-terapeuta es devenir filósofo-brujo. "La terapéutica filosófica aparece, dice Edgar Garavito, cuando se traza una línea de fuga entre el yo y el otro o entre el sujeto y el objeto". Esta es una línea de brujería. Corresponde a aquella que activa la erradicación "de la importancia personal", de la "historia personal", de la "forma humana" como un brujear la existencia, como brujear su existir don Juan Matus.

Respecto a "**el desconocido mundo del 'sujeto'**", dice Nietzsche: "Eso que tan difícil resulta comprender a los hombres es su incertidumbre sobre sí mismo, desde los tiempos más remotos hasta hoy día. ¡No sólo en relación al bien y al mal, sino en relación con algo mucho más esencial! Aún continúa viviendo la ancestral ilusión de que sabemos, de que sabemos exactamente, **cómo se produce el actuar humano**, en todas las cosas posibles". Y res-

pecto al otro: ¿"Qué otra cosa comprendemos de nuestro prójimo que no sean sus límites, es decir, aquello con lo que se dibuja y estampa al mismo tiempo sobre nosotros y junto a nosotros? De él no comprendemos sino los **cambios que se producen en nosotros**, de los cuales es la causa; nuestro conocimiento de él se asemeja a un espacio hueco **moldeado**. Nosotros le atribuimos las sensaciones que sus acciones despiertan en nosotros, y le damos así una falsa positividad invertida. Según nuestro conocimiento de nosotros, lo convertimos en un satélite de nuestro propio sistema: y cuando él nos ilumina o se eclipsa, siendo nosotros la causa última de ambas cosas, ¡creemos justamente lo contrario! ¡Ay mucho de fantasmas en el que vivimos! ¡Mundo invertido, vuelto al revés, vacío, y con todo, pleno y recto mundo soñado!".

Trazar una línea de fuga entre el yo y el otro es vivir la experimentación de borrar el rostro. Se viaja entre "el desconocido mundo del 'sujeto'" para propiciar una heteronomía del sujeto potenciada en "la encarnación de personajes conceptuales" deviniendo en ellos. No se trata de afianzar el yo y criticar al otro, o de volverse otro —trampa identificatoria, ilusión mayoritaria. Se trata, más bien, de nomadizar la existencia en **UNA VIDA**, "nomos **no** referencial", plano de inmanencia. **UNA VIDA** en la transcrusividad abrazada al "nomadismo de la lengua". Se deviene-filósofo.

El grito filosófico de Edgar Garavito, es un devenir-filósofo. Nos propone una terapéutica. Como dice Nietzsche: Un filósofo "es el más útil cuando **hay mucho que destruir**". En esto Edgar Garavito vive **philo-sophos**. No sólo en esto es digno en su devenir-deleuziano. Asumió siempre aquello que Deleuze dijo del philosophos:

"Philosophos no quiere decir sabio, sino amigo de la sabiduría. Ahora bien, de qué extraña manera hay que interpretar 'amigo': el amigo, dice Zarathustra, es siempre un tercero entre yo y yo mismo, que impulsa a superarme y a ser superado para vivir. Amigo de la sabiduría es aquel que se vale de la sabiduría, pero como si se valiera de una máscara en la que no se sobreviviría; el que utiliza la sabiduría para nuevos fines, extraños y peligrosos, ciertamente muy poco sabios. Desea que ella se supere y sea superada. En efecto, la gente no siempre se engaña sobre esto; presiente la esencia del filósofo, su anti-sabiduría, su immoralismo, su concepto de la amistad. Humildad, pobreza, castidad, adivinemos el sentido que adquieren estas virtudes sabias y ascéticas, cuando son recuperadas por la filosofía como por una fuerza nueva".

Anti-sabiduría e immoralismo como fuerza-vitalismo es lo necesario para plantearnos hoy la urgente necesidad de des-territorializar la identidad y curarnos de esa vergonzosa enfermedad.

* * *

Recuerdo su risa, siempre que nos encontrábamos reíamos mucho. Risa filosófica la de él, como la de Foucault. Tal vez con esa risa me escribió una vez diciéndome: "mi irremplazable *"intercesseur"* deleuziano". Sea este texto menor un homenaje de *"intercesseur"* con mi irremplazable maestro, con el irremplazable amigo.

Cucha Guamués, abril 9 de 1999.

